

Fr. Martin de Valencia presentó sus bulas en el cabildo de 9 de Marzo de 1525, y con la latitud de facultades de que entonces usaba el ayuntamiento de Méjico, acordó este se obedeciesen como mandamientos de Su Santidad y que conforme á ellas „usen en todas las cosas y casos en ellas contenidas en esta Nueva-España.” Sin embargo, poco tiempo despues se suscitaron contestaciones, con motivo de las facultades episcopales concedidas á los misioneros, y de la administracion de justicia civil y criminal que por ellas ejercian; por lo que en el cabildo de 28 de Julio del mismo año de 1525, se les pidió que presentasen las bulas en que pretendian fundar estas facultades, y las provisiones reales que los autorizasen á ejercerlas. Hicieronlo así, y como en las dos cédulas reales de que hicieron presentacion, fechas en Pamplona en 15 de Noviembre y 12 de Diciembre de 1523, no hubiese otra cosa que una recomendacion que el emperador hacia, para que las autoridades auxiliasen á los misioneros en su ministerio, el ayuntamiento les requirió que no usasen de la jurisdiccion civil y criminal, si no presentaban provision expresa para ello.

Albornoz al síndico de San Francisco, que al destino de construir allí la catedral: y como la venta de Albornoz debió verificarse durante la ausencia de Cortés á las Hibueras, cuando Albornoz tenia participacion en el gobierno, por esto el ayuntamiento no tenia constancia del título, en virtud del cual poseia aquel terreno. Segun la relacion de Torquemada, habria de entenderse que la primera iglesia en que hubo depósito fué la actual de San Francisco, pues dice se edificó en 1525 y á mediados de este año se mudaron los

frailes al convento nuevo: lo cual induce nueva contradiccion en dicho autor, pues habiendo permanecido aquellos once meses en el viejo, no es de ninguna manera probable que una comunidad religiosa estuviere tanto tiempo sin una capilla provisional y sin depósito en ella; de suerte que en toda esta parte de la historia de Torquemada hay muy graves equivocaciones. Todo esto da tambien lugar á muchas dudas sobre la extension que tenia el templo de Huitzilipochtli, como en su lugar veremos.

La translacion del convento nuevo hubo de verificarse por Mayo de 1525, pues desde el cabildo de 2 de Junio de aquel año, todas las mercedes de solares para construir casas que se dieron en aquellas inmediaciones, son con relacion „á San Francisco el nuevo,” y siempre que ocurre hablar del convento antiguo se dice, „San Francisco el viejo;” por manera que habiendo llegado á Méjico los franciscanos en Junio de 1524, permanecieron once meses en el convento de la calle de Santa Teresa, que fué sin duda provisional, mientras se construía el nuevo. Es muy de notar que durante este periodo, esto es, en el cabildo de 30 de Mayo de 1525, hablando del cura Villagran, se le llama *cura de la iglesia de esta ciudad*, lo que, como arriba se ha dicho, prueba que estando los franciscanos en la calle de Santa Teresa, habia cura clérigo que administraba la iglesia de la plaza. Es tambien de observar que durante todo el tiempo que permanecieron en „San Francisco el viejo,” en ninguna de las mercedes de solares que se hicieron en la plaza se habla de este convento, nueva prueba de que no estuvo en aquel parage sino en el que va especificado.

Habiéndose reunido á los religiosos de la mision los tres flamencos venidos anteriormente, y otros dos españoles que habian pasado de las islas y que servian como capellanes en los repartimientos, celebraron capítulo en el que reeligieron por prelado á Fr. Martin de Valencia y acordaron distribuirse en cuatro secciones, permaneciendo la una con Fr. Martin en la ca-

pital, y trasladándose las otras á Tezcuco, Tlaxcala y Huejocingo, poblaciones entónces las mas importantes, para fundar en ellas conventos y dar principio á la obra de la conversion de los naturales. Establecidos en estos lugares, pusieron mano á la construccion de conventos, los cuales se hicieron por los indios sin erogar costo ninguno, yendo á trabajar los pueblos por turnos y llevando todos los materiales necesarios, y así se hicieron en aquellos tiempos, no solo todos los conventos que se fabricaron, sino tambien todos los edificios públicos y los caminos y calzadas que se construyeron. Al lado de los conventos levantaron otros edificios á manera de colegios, donde se alojasen los niños que se reunian para ser instruidos en la religion. Hechas estas casas, con salas espaciosas para escuelas, mandaron á los caciques y principales señores que les llevasen sus hijos para doctrinarlos en la fé católica; pero no atreviéndose estos á desobedecer, y no queriendo por otra parte desprenderse de sus hijos, en lugar de ellos llevaron á los conventos á los de sus criados y vasallos: lo que Torquemada atribuye á disposicion de Dios, que quiso por este medio que cesase el señorío que tan tiránicamente ejercian sobre sus vasallos, los cuales, instruidos por los misioneros, vinieron á ser en lo sucesivo los que gobernaron en sus pueblos.

Recogidos así los niños en número de seiscientos á mil en cada convento, estaban al cuidado de unos indios ancianos que les daban la comida y ropa que les traian las madres, asistiendo continuamente en

las escuelas los religiosos, que en ellas hacian sus actos de comunidad, y destinaban á la enseñanza de los niños todo el tiempo que aquellos les dejaban. Mientras no tuvieron conocimiento de la lengua del pais, esta instruccion se reducía á enseñarles á per-signarse y rezar el *Padre Nuestro* y *Ave María*, con otras oraciones en latin, y á darles á entender por señas los misterios principales del cristianismo, enseñándoselos en cuadros que ponian en las escuelas; todo lo cual no podia servir mas que para ejercitar inútilmente la memoria y entretener algo la vista, sin comunicar instruccion alguna al espíritu: y así fué que predicando una vez un misionero que era viejo, cano y calvo, con otros sus compañeros, en la fuerza del sol de medio día, en una concurrencia numerosa de indios, viendo estos las voces que daban y los movimientos violentos que hacian, los principales que se hallaban presentes, comenzaron á preguntar, „¿qué tienen estos pobres miserables que tantas voces están dando? Sépase de ellos si tienen hambre, ó deben de ser enfermos ó estar locos, y mirad si habeis notado como á medio día, y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran ellos lloran: sin duda es grande su mal, porque no buscan placer sino tristeza:” lo que decian con motivo del rezo de maitines y otras horas del oficio divino. Torquemada pretende que aunque los indios decian esto de los religiosos por no entenderlos, al fin muchos se convertian y recibian el bautismo, pero es fácil conocer qué género de conversiones podian ser estas y qué idea

tendrían del bautismo, los que habían recibido semejante instrucción.

Los misioneros, persuadidos de que nada ó muy poco podían adelantar mientras no hablasen la lengua del país, dedicaron á esto toda su atención. Para conseguir su intento emplearon varios medios, haciéndolos ingeniosos el empeño que tenían de poseer, con el conocimiento del idioma, un medio de comunicación con los indios. Familiarizábanse con los muchachos, tomaban parte en sus juegos, y llevando siempre consigo papel y tinta, asentaban las voces cuya significación les parecía haber comprendido, y juntándose por las tardes entre sí y confrontando sus apuntes, iban formando una especie de diccionario, que se enriquecía de nuevas voces con la continuación de este molesto trabajo. Luego ponían á prueba la exactitud de sus observaciones, repitiendo á los mismos niños las palabras que creían entender, y ellos no solo les enmendaban los errores que cometían, sino que conocido su intento, les hacían muchas preguntas y les proporcionaban así la inteligencia de muchas palabras. Fuéles de mucho auxilio una viuda española que tenía dos hijos pequeños, los cuales criándose entre los muchachos indios, habían aprendido algo de su lengua. Sabido esto por los religiosos, pidieron al gobernador Cortés que les hiciese dar el uno de aquellos niños, lo que hizo su madre de buena voluntad, el cual vino á ser el maestro de los misioneros, y mas adelante, habiendo tomado el hábito, se llamó Fr. Alonso de Molina.

Uno de los mas hermosos esfuerzos que ha hecho jamás el espíritu religioso, ha sido sin duda este laborioso trabajo de los misioneros españoles para aprender las lenguas de la América. A él se debió el que se redujesen estas á principios gramaticales y se formasen diccionarios de todas, y esto por diversos misioneros, quienes también compusieron en ellas catecismos y obras de devoción, que puestos en las manos de los neófitos facilitaron mucho su instrucción, con cuyo fin se dedicaron asimismo á enseñarles á leer, en lo que se distinguió Fr. Pedro de Gante, quien tuvo escuela en Tezcucó, la primera que hubo en todo el continente de la América, en la que enseñaba á leer y escribir á los hijos de los indios nobles de aquella ciudad, en cuyo ejercicio continuó en Méjico, en donde fundó la capilla de San José, después parroquia de este nombre, la primera que hubo para la administración de los indios; el colegio de San Juan de Letran, que no fué en su principio mas que escuela para enseñar á leer y escribir y latinidad; y el colegio de las niñas, para la educación de jóvenes indias nobles: todo en las inmediaciones de San Francisco, porque todo estaba al cuidado de los religiosos. Con estos trabajos en las lenguas del país, que después aumentaron y perfeccionaron los jesuitas, no aspiraban los misioneros al renombre de filólogos, ni tenían otra mira ni otro espíritu que procurarse medios para propagar la religión, siendo la caridad cristiana el único móvil de tan vastas empresas. Por desgracia se ha perdido en gran parte en nuestra época

ca el fruto de tan grandes trabajos: no hay biblioteca ninguna en la república en que se encuentre una coleccion de estas gramáticas y diccionarios, algunos de los cuales nunca se imprimieron, y aun de muchos de los impresos es muy difícil hallar ejemplares, siendo acaso la coleccion mas completa que hoy existe la que ha logrado formar en Berlin el Sr. Baron Federico de Humboldt, ministro que fué del rey de Prusia, tan distinguido en la filología, como su ilustre hermano, el Baron Alejandro de Humboldt, lo es en las ciencias naturales y estadísticas.

Para establecer una norma en sus procedimientos y obrar bajo principios seguros y uniformes, los misioneros, ántes de comenzar sus trabajos, celebraron una junta apostólica á que se suele dar el nombre de primer concilio megicano. Formaron esta junta diez y nueve religiosos, cinco clérigos, y algunos letrados, con asistencia de Cortés, y se celebró en fines de 1524 y principios de 1525, presidida por Fr. Martin de Valencia. En ella se estableció el modo en que se habian de administrar los sacramentos, de los cuales el del matrimonio, ofrecia mucha dificultad, pues teniendo los indios en su gentilidad varias mugeres, é ignorándose sus leyes y costumbres sobre el particular, no se podia fijar si entre ellas habia alguna que debia ser considerada como legítima, y cual lo era, punto que quedó indeciso hasta que el papa Paulo III declaró que se considerase como tal la primera, y en caso de no poderse averiguar, se quedase el indio al bautizarse con la que eligiese. En cuanto al

bautismo, habiéndose dado en algunas ocasiones sin las formalidades establecidas por la iglesia, y aun á veces por solo aspersion de agua natural con hisopo sobre un gran número de personas, pronunciando en comun para todas las palabras sacramentales, luego que vino de las islas el crisma y oleo bendito, se repitieron las ceremonias y ritos solemnes en los que habian sido bautizados sin ellas, y entónces tambien se administró la confirmacion, para la cual tenia facultad el padre Motolinia. A los principios no se dió la comunión á los indios, hasta que el papa Paulo III los declaró capaces de ella, movido por la célebre carta que le dirigió el obispo de Tlaxcala, Fr. Julian Garces, y en junta que celebró en Mégico en 1539 el Sr. Zumárraga, que con mas propiedad pudiera llamarse el primer concilio Megicano, pues asistieron á ella ademas del Sr. Zumárraga, los señores D. Juan de Zárate, primer obispo de Oajaca, y D. Vasco de Quiroga, que lo fué de Michoacán, con los prelados de las religiones, estando representado el gobierno por el factor Ortuño de Ibarra, se declaró que se les debia administrar á los que estuviesen bien instruidos en la fé, lo que fué confirmado por junta posterior que convocó el visitador D. Francisco Tello de Sandoval en 1546 á la que asistieron cinco obispos, los prelados de los religiosos y otros eclesiásticos.

Los continuos trabajos y viages de los misioneros consumieron en breve tiempo los hábitos que habian traído, y no habiendo sayal ni lana con que hacerlos, pues todavía no se habia propagado bastante el gana-

do para producirla, debiendo ser de esta materia, acudieron al laborioso expediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de los hábitos viejos, cardar é hilar la lana de que estaban formados y tejer otros nuevos, y para darles un color mas duradero, bajo el principio de que San Francisco no habia determinado color ni forma para los hábitos de sus frailes, sino que solo habia recomendado que fuesen pobres y ordinarios, los hicieron teñir con el tinte mas comun que habia que era el añil, y este es el origen que tuvo el que los franciscanos en América estén vestidos de azul, en lugar del color gris que usaban en España y del cual eran los hábitos primitivos de los misioneros, igual al de los fernandinos y de los demas colegios apostólicos.

Para desarraigar del todo el culto de los ídolos, era menester destruir estos y los templos en que se les tributaba adoracion, pues no obstante la asistencia forzada de los indios á los actos de religion en las iglesias y á la instruccion que se les daba, aunque en lo público hubiese cesado el ejercicio de la idolatria, en lo secreto se continuaban los sacrificios, y los templos estaban servidos y guardados con sus ceremonias antiguas. En el curso de la conquista se habian derrocado algunos ídolos y derribado varios templos, pero esto no habia sido de una manera tal, que borrarse la memoria é hiciese olvidar la reverencia con que eran vistos aquellos lugares, y despues del triunfo, los españoles se ocupaban mas en construir sus casas y cobrar los tributos en sus repartimientos, que en perseguir el culto de los ídolos. Los misioneros comenzaron el año

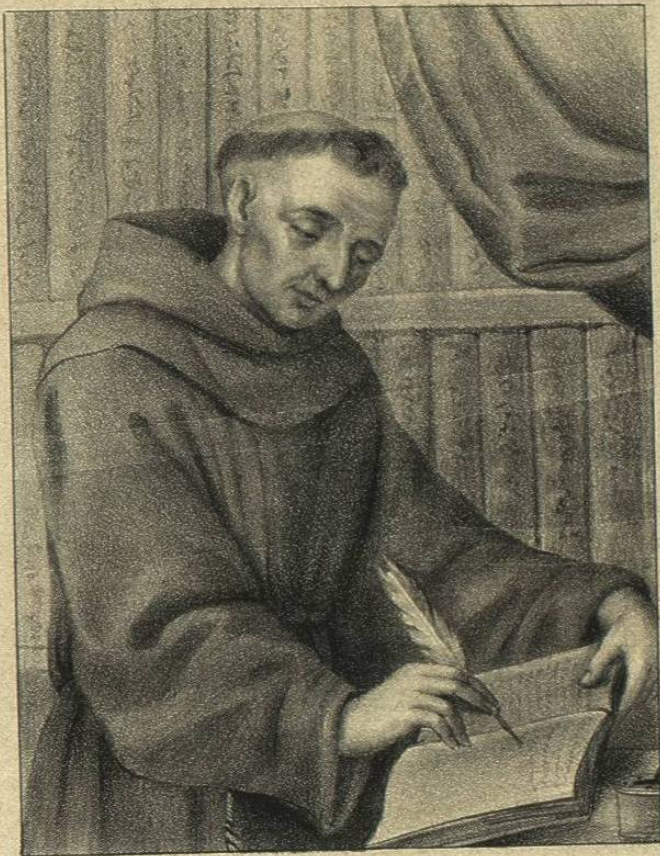
de 1525 quemando, en el primer dia de él, el templo mayor de Tezcucó que era de los mas hermosos, queriendo que así como la redencion del género humano habia tenido principio en aquel dia con la circuncision del hijo de Dios, así lo tuviese la regeneracion del país recién conquistado, con la destruccion de uno de los mas famosos templos de su idolatría. Grande fué la sensacion que tal acto causó en los indios, quienes con grandes gritos y muchas lágrimas manifestaban el dolor que les causaba la ruina de aquel monumento: pero los misioneros, firmes en su propósito y auxiliados por la autoridad y poder de Cortés, tan celoso en este punto como los misioneros mismos, llevaron adelante su empresa. Estos actos solian hacerse de una manera pomposa: los religiosos acompañados de los niños de las escuelas y de los catecúmenos mas instruidos, celebraban misa en público con la mayor solemnidad que podian, y concluido el santo sacrificio, iban en procesion al paraje en donde se habian reunido los ídolos y otros objetos de la supersticion de los naturales, y cantando el salmo 113, se ejecutaba prácticamente sobre los ídolos el contenido de cada versículo. „Nuestro Dios reside en el cielo: todo está sujeto á su voluntad. Los simulacros de las gentes son oro y plata, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablarán, tienen ojos y no verán. Tienen oidos y no oirán, tienen narices y no olerán” (1). El martillo del mi-

(1) 3. Deus autem noster in celo: omnia quæcumque voluit, fecit.  
4. Simulacra gentium argentum et aurum, opera manuum hominum.

5. Os habent et non loquentur: oculos habent et non videbunt.  
6. Aures habent et non audiunt: nares habent et non odorabunt.  
PSALM. CXIII.

sionero hacia entónces pedazos aquellos miembros del ídolo, cuya inutilidad habia cantado el profeta real, y los muchachos de la escuela despues de la ceremonia, con grita y algazara insultaban los restos mutilados del simulacro, que por tantos siglos habian adorado sus abuelos.

Por desgracia los misioneros confundieron con los objetos del culto idolátrico todos los geroglíficos cronológicos é históricos, y en una misma hoguera se consumia el ídolo, ante quien se habian presentado en sacrificio los corazones humeantes de los hombres, y el manuscrito precioso que contenia los anales de la nacion desde su inmigracion del Norte del Asia. Así fueron entregados á las llamas los archivos de Tezucuo, con gran pesar de los indios instruidos, que sabian la significacion de aquellas figuras misteriosas. Los misioneros conocieron mas tarde el mal que habian causado y trataron de repararlo, recojiendo todas las noticias y tradiciones que les fue posible, y conservando los manuscritos que escaparon á los primeros incendios, y á estos trabajos literarios que impendieron para formar la historia de todas las naciones de América en que ejercieron su ministerio, debemos los conocimientos que acerca de ella tenemos, y de la legislacion, usos y costumbres de aquellos pueblos. Puede aun dudarse si la reparacion que de este modo hicieron, excedió al mal que causaron, pues sin los escritos que nos dejaron, serian incomprendibles las figuras geroglificas que se han conservado, como lo habrian sido los manuscritos de los clásicos



FRAY JUAN DE TORQUEMADA.

*Célebre historiador, Guardian del convento de Tlal-  
telolco, y Provincial de S. Francisco de México electo en 1644.*

latinos, si el clero de la edad media no hubiera mantenido viva la lengua en que estaban escritos, que vino á ser el idioma litúrgico. Sea cual fuere el daño que los misioneros causaron á la historia con sus piadosas quemazones, no es sin embargo la generacion presente la que tiene el derecho de acusarlos, cuando hemos visto consumir en las coheterias ó vender para envolver drogas en las boticas, no manuscritos con signos no conocidos, sino los archivos muy importantes de muchas oficinas, sin que se haya hecho otro esfuerzo para recogerlos y conservarlos, que el establecimiento poco atendido del archivo general, y el del museo para las antigüedades mexicanas, que tampoco ha sido visto con grande empeño.

Entre los misioneros cuyos trabajos han contribuido mas á reparar la pérdida de los manuscritos consumidos por las llamas, deben contarse los padres Motolinia, Sahagun y Mendieta, de cuyos manuscritos tuvo conocimiento y le fueron muy útiles para formar su grande obra de la *Monarquía indiana* el P. Fr. Juan de Torquemada. Este religioso, que vivió en el siglo siguiente al de la conquista, debe ser considerado como el Tito Livio de la historia de la Nueva-España. Aunque nacido en la antigua, Torquemada hizo sus estudios y tomó el hábito en Méjico, constituyéndose, como todos los religiosos de su orden, en defensor y apologista de los naturales del país. Fué guardian del colegio de Tlalotelco y provincial de la provincia del Santo Evangelio, y en el tiempo de su provincialato, puso el virey á su cuidado la

construccion de la calzada de San Cristóbal, para preservar la ciudad de las inundaciones causadas por las avenidas de Cuautitlan y Pachuca, la que ejecutó á satisfaccion del gobierno, por el influjo que ejercia sobre los indios. En su *Monarquía indiana* recopiló todas las noticias que existian sobre la historia antigua del pais, y todo lo que pudo recojer sobre los usos, costumbres y leyes de los habitantes, continuando su narracion hasta su tiempo; y aunque su estilo adolece de los defectos de la época y de la profesion del autor, nadie que quiera conocer la historia de Méjico, puede dispensarse de tener continuamente á la vista esta obra, cuya primera edicion, hecha en Sevilla en 1615, vino á ser tan rara, que el célebre cronista de indias D. Antonio de Solis, no consiguió haberla á las manos y se llegó á vender por precio exorbitante, hasta que se hizo la segunda en Madrid en 1723. Por tan señalados méritos, he creido deber adornar esta disertacion con el retrato de un hombre, á quien tanto debe la historia de nuestro pais, copiándolo del que se conserva en el colegio de Santiago Tlaltelolco.

Los religiosos que he nombrado no solo se distinguieron como escritores, sino tambien como profesores, instruyendo á los naturales no ya en los primeros elementos de las letras y en los rudimentos de la religion, sino en los estudios mas elevados de la latinidad y de la filosofia. He tenido ocasion de hacer observar en otro lugar de estas disertaciones, que las ideas del gobierno español en la época de la conquis-

ta con respecto á la América, fueron mucho mas liberales que las que en lo sucesivo dominaron en el gabinete de Madrid, sea por la decadencia á que todo se fue precipitando en aquella monarquia, ó por el recelo que se tuvo de que la ilustracion y demasiados progresos de las colonias, harian muy incierta y mal segura su dependencia de la metrópoli. A este espíritu liberal se debió la fundacion del colegio imperial de Santa Cruz, anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, destinado á la educacion de los indios de familias nobles, muchos de los cuales se distinguieron en la carrera de las letras. El virey D. Antonio de Mendoza, á quien Torquemada califica con el nombre de „padre verdadero de los indios,” llevó á efecto esta célebre fundacion, ya comenzada por D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, construyendo el colegio á su costa, y de sus propios bienes asignó renta para la sustentacion de los colegiales indios que en él habian de ser recibidos. La apertura del colegio se hizo con solemne procesion que salió de San Francisco, y á que asistieron el virey, el obispo de Méjico, D. Fr. Juan de Zumárraga, y el de Santo Domingo, D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, con una lucida concurrencia, habiéndose predicado tres sermones, uno de ellos por el célebre Dr. D. Francisco Cervantes Salazar, primer catedrático de retórica de esta Universidad y autor de varias obras muy importantes para la historia nacional, de muchas de las cuales no nos queda mas que la noticia de sus títulos. Concluida la funcion, comieron el virey y de-



mas concurrentes principales en el refectorio de los frailes, á costa, dice Torquemada, del buen obispo Zumárraga.

El primer lector de gramática latina del colegio de Santa Cruz fué el padre Fr. Arnaldo de Bassac, francés, que fué tambien el primero que dió lecciones de latinidad en la Nueva-España, en la capilla, ahora parroquia de San José. Poseyó perfectamente la lengua megicana, en la que tradujo los Evangelios y epístolas de todo el año para el uso de los indios, á los que enseñó la música en Cuautitlan y otros pueblos inmediatos. Dió gran lustre á este colegio el padre Fr. Bernardino de Sahagun, que pasó en él la mayor parte de los 61 años que vivió en la Nueva-España, y cuando conoció que se aproximaba su fin en la avanzada edad de 90 años, al salir del colegio para trasladarse al convento grande, para curarse en la enfermería, ó mas bien, segun dijo, porque queria ser enterrado con los santos viejos sus compañeros, como llamaba á los primeros misioneros, hizo reunir á los colegiales indios á cuya enseñanza habia consagrado toda su vida, y se despidió de ellos con toda la ternura y el afecto de un padre. Otro de los hombres distinguidos del mismo establecimiento fué el padre Fr. Juan Bautista, que nació en esta capital en 1555: fué muy instruido en la lengua megicana, y despues de haber enseñado filosofía y teología en el convento grande, en donde tuvo por discípulo al historiador Torquemada, pasó á ser guardian de Santiago, fomentó con el mayor empeño los estudios en el cole-

gio y abrió los cimientos de la actual iglesia de aquel nombre. Tambien obtuvo el mismo empleo nuestro historiador Torquemada, quien se lamenta de que en su tiempo estuviese tan resfriado el cuidado y favor que el gobierno habia dispensado á aquel colegio, y que en vez de enseñar en él las ciencias, como ántes se hacia, solo sirviese para tener doscientos y cincuenta á trescientos niños indios que aprendian á leer, escribir y la doctrina cristiana. Mas adelante hasta esto cesó, y aquella casa se redujo á servir solo para los estudios de los religiosos.

Injusto seria habiendo hablado de Torquemada, no hacer mencion de otro de nuestros historiadores tambien franciscano, y natural de esta ciudad de Méjico. Este fué Fr. Agustin Betancur que nació en 1620, y fué cura de San José durante 40 años, habiendo muerto en la avanzada edad de 80. Nombrado cronista de su provincia por el comisario general de Indias, ha dejado varios escritos, de los cuales su *Teatro megicano* viene á ser un compendio y continuacion de la obra de Torquemada, sin que por esto se le pueda imponer la nota de plagiarlo que le dá Clavigero, y de que le vindica con razon el Sr. Beristain en el artículo relativo de su biblioteca.

Los misioneros, para facilitar la inteligencia de los misterios del cristianismo, aprovechaban la semejanza que se encuentra entre estos y algunas creencias establecidas entre los indios, la cual es tal en muchos casos, que ella ha dado motivo á que se haya creido por algunos escritores, que la religion cristiana habia sido